

«La base del triángulo es igual a la suma de los catetos dividida por la hipotenusa al cuadrado», recitó con el mismo soniquete cantarín con que el padre Bonifacio les hacía repetir en voz alta las fórmulas en sus clases de álgebra y geometría. ¿Era la base o la superficie?, dudó, atento a cualquier movimiento anómalo a su alrededor. «La base del triángulo es igual a la suma de los catetos dividida por la hipotenusa al cuadrado», o como quiera que fuese, él se la sabía así, tarareó una vez más para calmar nervios, protegido por la sombra ahumada de los cristales tintados. En cualquier caso, eso era la teoría. La teoría de los libros y del mundo del padre Bonifacio. Porque en la práctica de la perra vida, la base de un triángulo son el dolor y la incertidumbre, los celos y la sinrazón, nunca encajarán sus tres lados porque siempre sobra uno. Lo mires por donde lo mires. Aunque lo que él no dejó de mirar ni un instante fue el retrovisor, no las tenía todas consigo. Demasiado tenso para como, en realidad, estaban saliendo las cosas, intentó relajarse. De todas formas, estos momentos eran los peores. A nadie le gusta esperar, al fin y al cabo. Aunque sólo fueran tres minutos y cuarenta segundos.

A nadie le gusta esperar. Y mucho menos al que lleva toda su vida esperando, se dijo para sus adentros. Para sus más profundos adentros.

Quizás como un preludio de su futuro, se le quedó aquella fórmula en la memoria, no la había olvidado desde octavo de EGB. Igual ocurría con Sol, ahora caía en la cuenta. No la había olvidado desde el primer día que la vio. «Así que tú eres la Sole, la prima del Juanlu...». «Yo soy. Pero llámame Sol, que me gusta más. Y cuando te atrevas, te acercas un poco y verás si caliente», le dijo la nena cuando, haciéndose el chulito, le sonsacó nombre y parentela. «Yo soy Ricardo, pero llámame Richie, en el barrio todos lo hacen», le replicó a duras penas él, diluida la sobreactuación. «Pues muy bien. Te llamaré Richie. Pero te llamaré cuando yo quiera, Riichie», le dio boleta al gallito con retintín y sorna, fin del primer asalto.

Era bueno con los números en el colegio, todos lo decían. Quizás por eso, para matar tontamente el tiempo entre golpe y golpe - o para asesinarlo sin atenuantes allá en la celda, cuando tocaba penitencia -, solía entretenerse realizando complicadas combinaciones numéricas de memoria,

¹ Cuento incluido en *VVAA, Sospechosos habituales*. Tras la pista de la nueva novela negra española. Valladolid: Difáci, 2012.

o repasando durante toda la noche extrañas fórmulas aprendidas hacía demasiados años. También le servía el truco para tranquilizarse, para convencerse de que todo iría bien; como ahora. Los hay que se van de putas, echan un par de polvos y se creen el emperador de Francia. Perfecto. Pues él prefería las matemáticas, esa ciencia que siempre te permite ajustar las cuentas, bromeaba consigo mismo. Siempre fue bueno con los números y con la velocidad. «Velocidad es igual a aceleración por tiempo», se dijo, notando en las sienes la presión del pasamontañas enrollado sobre la frente a modo de siniestro gorro invernal, presto a ser bajado con un simple tirón si fuese preciso salir del coche. Esperaba no tener que llegar a tal extremo, con todas sus fuerzas lo deseó; señal de que todo habría ido bien. Tres minutos-cuarenta segundos y listos. Y luego...

...luego: máxima aceleración en el menor tiempo posible. Lo aprendió en un curso formativo al que se apuntó para redimir condena, una de las primeras veces que pisó el correccional, un tirón que se torció en algo más serio. Velocidad. Eso es lo que esperaban de él. Debíó elegir los números pero eligió la aceleración. Conducía demasiado rápido para pasar desapercibido. Todos lo querían al volante desde que, a los catorce, empezara levantándole a su padre los coches que éste reparaba en el taller para quemar neumáticos más allá de las vías del tren. Si le daban tiempo para trucar el motor, era imposible seguirle el ritmo en la persecución. Un valor seguro, Richie. La pena es que le faltara precisamente eso, valor, algo muy necesario en según qué barrios y ambientes, y entonces se acordaba de Sol, en aquellos años demasiado turbulentos de atracos y heroína, siempre colgada de aquel que más se asomase al abismo, siempre colgada de alguien, daba igual quién, con tal de que no fuera él. Sol. Ese lado del triángulo que nunca encajaría en su vida porque él siempre había sobrado en la de ella. Un triángulo fantasmal, en todo caso, que sólo existía en su imaginación.

Parecía otra vida, se dijo, una vida por completo extraña y ajena a la suya, sólo que protagonizada por él. Y muy lejana. Llevaba ya unos años al margen de todo aquello, desde que lo detuvieron con un arsenal de pastillas en el maletero, imposible escapar a la emboscada que le preparó la Guardia Civil, no hacía falta ser un lince para comprender que los calabreses lo habían utilizado como cebo, como el estúpido pardillo dispuesto a dejarse coger para así transportar el grueso del alijo con el camino despejado desde Algeciras hasta Madrid. Bastantes años al margen de todo aquello. Intentando sobrevivir. O dejándose llevar, como se prefiera. Acababa de cumplir cuarenta y dos y no se sentía a disgusto dentro de los difusos límites de eso que sus abogados llamaban la legalidad; o sea, una vida sin demasiados sobresaltos, una vida reponiendo estantes en un supermercado y supliendo turnos de madrugada en una gasolinera; una vida que en otra

época le hubiera parecido propia de un pringao, de un fracasado, de un julai, pero que ahora estaba bien. Simplemente eso: bien. No quería más complicaciones. Sólo quería que el tiempo pasase.

Hasta que una tarde, acodado en la barra de un bar decidiendo si pedía una más, y probablemente mientras pensaba en ella, escuchó a su espalda:

- ¡Hola encanto, ¿cómo te va?! Me alegro mogollón de verte, Riiichie.

Hacia una eternidad que nadie lo llamaba Richie. Y menos de aquella manera, así que no le hizo falta volverse, decirle a esa voz demasiado envolvente y sensual que de un tiempo a esta parte él se llamaba Ricardo de la Cruz Valdés. Richie. Él siempre sería Riiichie, cómo si no lo supiera. Bastaba con que ella chasquease los dedos, con que ella apareciese otra vez. No, no hacía falta tanto: bastaba con que él la recordase, como solía hacer tan a menudo, como solía hacer a cada instante. Y entonces escuchó crujir la grieta de su corazón, y se vio con quince años, superado por los acontecimientos para el resto de su vida, gravitando día y noche alrededor del astro rey. Sol. Hablaron, claro; ¿a qué había venido, si no? De los viejos tiempos. Y de los nuevos, que es de lo que realmente queremos hablar aunque las expectativas y las esperanzas las maquillemos con un punto de nostalgia. Fulleros. «Riiichie, ¿no me vas a dar un beso, corazón, o es que te vas a quedar ahí quieto, hecho un pasmarote?». Y entonces la grieta. Y entonces de nuevo un volante, aquí y ahora, en dos semanas como muy tarde; rápido y limpio, te lo prometo, Richie. ¡Cómo si no lo supiera desde que escuchó su voz!

Casi al final, a punto estuvo de confesárselo. Y en cierto modo lo hizo. A su manera:

- ¿Tú y yo juntos en esto? En fin, tú y yo...; ya sabes lo que quiero decir...

- No, no lo sé, Richie – jugueteó ella con la espuma de su cerveza.

- Claro. No lo sabes. Perdona – se disculpó.

Nunca le había dicho cuánto la quería, cuánto la había querido desde siempre. Pero no porque no se atreviese, que también, sino porque ella ya lo sabía. Las mujeres como Sol lo saben todo, aunque lo nieguen o no lo reconozcan. Lo saben desde siempre. Así que no hacen falta demasiadas palabras porque ellas ya te lo dicen todo con su silencio. Con su silencio y con esa mirada que no admite réplica ni acepta esperanzas ni nostalgias por muy maquilladas que estén. «¿Cómo era aquella fórmula de la trampa perfecta?», se dijo Richie. ¡Ah, sí!: la base del triángulo es la suma... Pues eso. Llevaba un par de años viviendo con un tío legal, le susurró Sol con un rubor que parecía indicar que lo amaba de veras. Tan legal que nunca había

estado fichado, volvió a ruborizarse con la confidencia. No, él no lo conocía, imposible, no era del barrio, y si hacía esto era para retirarse de una puta vez y largarse con él lejos de toda esta mierda. Más o menos lo de siempre, pero esta vez de verdad. De verdad de la buena.

Se despidieron con un beso apenas rozado en la mejilla. «Yo invito, Richie. Te acabo de contratar, ¿no? Pues entonces, paga la casa», le sonrió. Ya en su habitación, mientras le daba vueltas al reencuentro, Ricardo se reconoció como el perfecto títere que siempre había sido en manos de Sol. Bastaba con haberse mostrado esquivo, inteligente. «Déjame pensarlo, Sol. No lo veo claro. Ya estoy retirado. Mucha suerte, reina». Pero no. Ante Sol no valían razones ni estrategias. ¡Joder, si ni siquiera le preguntó cuántos eran, cómo iban a repartirse el botín, o cuánto le tocaría a él como conductor!



No podría jurarlo, pero que lo abriesen en canal si el tipo que había visto un par de calles más atrás no era el inspector que lo enchironó la última vez, un tal Benegas, acompañado de otro poli más joven al que también creyó recordar de aquél mal rollo de anfetis y speed que podría resumirse en tres años y medio en El Puerto II, y la condicional que aún disfrutaba pendiente de que todo saliera bien. «¡Vázquez!», se dijo, recordando el nombre del acompañante, el subinspector Vázquez, un cabrón con pintas listo como el hambre. Iban de cháchara, sin otra ocupación que caminar distraídamente en dirección contraria del objetivo hacia el que ellos se dirigían. No creía que hubiesen sospechado nada, muy fino tenía que hilar la madera para olerse algo, pero tuvo un mal presentimiento. Nunca lo reconocería delante de Sol, pero lo tuvo. Es lo malo de las matemáticas: que te pasas todo el día haciendo cábalas. Y de la Cábala a los augurios y premoniciones apenas hay un paso. Un paso muy corto. Los judíos lo adornan para darse pisto, pero los gitanos - pueblo bastante más práctico -, siempre te dirán que si ves al encargado de trincarte justo cuando vas a dar el palo en cuestión, eso se llama mal bajo. Dos calles más atrás en cualquier caso. Más otro buen trecho que aún les quedaba para llegar al Banco, la avenida más comercial y bulliciosa de Córdoba incluida, lo cual amortiguaría contratiempos y sobresaltos, algún disparo inconveniente. Lejos, muy lejos el peligro, pues. Era imposible que la Policía estuviese al tanto. Simplemente, había sido casualidad. El atraco estaba planeado a la perfección. Coche limpio, sin rastro ni olor, cristales suavemente tintados para evitar complicaciones; pipas sin ruina, gente que no se conocía entre sí,

salvo él y Sol, pero hasta en eso había acertado quien quiera que fuese el organizador del golpe, pues en realidad él nunca había llegado a conocer del todo a la mujer que más había amado en su vida, a la única que nunca dejó de amar.

Llevaban tres minutos dentro. Los sentidos se le agudizaron hasta un punto que sospechó animal, sobrehumano. Por un momento, incluso creyó ver fluir la adrenalina por todo su cuerpo. El bullicio de la calle y el fragor del tráfico se redujeron a un solo y diminuto punto en el espacio, y luego ese punto desapareció por completo, evaporado el ruido como por ensalmo en lo más profundo de su cerebro a punto de estallar por el grado de concentración. Sintió los latidos desbocados de su corazón echándole en cara que no lo hubiera tenido en cuenta para meterse en esta locura, reprochándole que después de tanto tiempo y tantas cicatrices aún les siguiera marcando el paso a los dos el de Sol; el liviano y siempre esquivo corazón de Sol, ese que, como si no lo supiera desde el mismo momento en que la vio, nunca sería del todo suyo. No, él no conocía a quién quiera que fuese esta vez, no era un tipo del barrio - le había dejado muy claro Sol para mantenerlo alejado de su intimidad -, y si aceptó un trabajo tan arriesgado como éste era para retirarse definitivamente y largarse a vivir con él. Tres minutos-quince segundos. Arrancó el coche, punto muerto, ronroneo de ralentí, pie en el acelerador.

Ya debían haber dado señales de vida, se dijo, los cuarenta últimos segundos los habían calculado como colchón de seguridad, completamente convencidos de que no iban a hacerles falta. Al menos uno ya debería estar apostado junto a la puerta para cubrir la retirada de los otros dos, masculló. La historia no tenía más complicaciones, un plan bien concebido por alguien con algún contacto dentro que, en todo caso, asustaba por su simplicidad. Sucursal de tamaño medio, no muy bien vigilada - un guardia privado por horas -, fáciles y fluidas vías de escapatoria hacia la ronda norte y la Autovía de Madrid. Entrarían tres: Sol se encargaría de desarmar al vigilante, de los clientes que pudieran encontrarse en ese momento en el Banco y del dinero de las ventanillas; el Director y las claves de acceso a la cámara acorazada corrían de cuenta del tipo alto y mal encarado que apenas habló durante las dos semanas de preparación; mientras que el croata o albano-kosovar - Ricardo nunca tuvo claro de dónde podía ser ese loco a quien decidió llamar Igor - reventaría la pequeña caja fuerte donde se guardaba el líquido para pagar las pensiones, por un lado, y algunas cajas de seguridad repletas de dinero negro y el oro no declarado a Hacienda,

por el otro. A él le tocaba esperar; aparcado a cincuenta metros del objetivo para no llamar la atención, el coche enfilado hacia las rutas de escape.

Tres minutos y veinte segundos, comprobó.

Y veinticinco, exhaló con violencia volcánica una bocanada de miedo e impaciencia. Tres minutos y treinta segundos, ¿en qué número exacto de la cuenta atrás la angustia se convierte en desesperación? Apretó con fuerza el volante y echó un vistazo a través del retrovisor interior, esperando peligros, pero sólo vio un hombre con los pómulos remarcados por la tensión, los labios apretados para no dejar escapar las muchas dudas que ya lo cercaban, y unos ojos turbios al acecho que incluso a él mismo le dieron miedo.

A los tres minutos y treinta y cinco segundos se abrió la puerta. Igor apareció arrastrando dos sacas, la pistola al cinto disimulada por la cazadora de cuero negra. Al verlo se relajó de inmediato, parte de la adrenalina desaguándose en una bajamar precipitada. Supuso que Sol y Malacara tendrían, allá dentro, la situación bajo control y le guardaban las espaldas, pero era evidente que el croata no iba a poder recorrer él sólo la distancia que le separaba del coche con semejante botín, y mucho menos meterlo en el maletero sin su ayuda. Maldijo varias veces todo el panteón de santos y dioses - cualquier principiante sabe que el conductor no debe abandonar su puesto justo cuando el golpe está a punto de concluir -, pero supo que tenía que hacerlo.

A cara descubierta, Ricardo bajó del vehículo y corrió a su encuentro. Cargó con una saca y se dirigió a la parte posterior del automóvil. Mientras Igor depositaba la suya, Ricardo vio cómo la puerta del banco se abrió de nuevo. Malacara y Sol salieron de la sucursal por ese orden y, con paso apresurado pero tranquilo, se dirigieron hacia el coche quitándose los pasamontañas a la vez, como en un movimiento coreografiado. Todo había salido bien, se dijo Richie comprobando su reloj: tres minutos y cuarenta segundos. Quienquiera que lo hubiese planeado, lo tenía todo bajo control.

Pero las cosas nunca están absolutamente bajo control. Porque, en esta vida, dos y dos nunca suelen ser cuatro. Ricardo debería saberlo. Él, tan aficionado como era a las matemáticas.



Como estaban tomando café no muy lejos de allí, Benegas y el subinspector Vázquez fueron los primeros en llegar tras recibir el aviso de tiroteo con heridos. Al parecer, se trataba de un atraco de manual que se había torcido cuando menos lo esperaban los asaltantes. Nada pudieron hacer

por el hombre que yacía en la acera con un tiro en el pecho, disparo que, probablemente, interesase corazón o pulmón izquierdo; heridas incompatibles con la vida, certificaron los servicios sanitarios poco después. «Varón, caucásico, de unos cuarenta años, todo indica que es uno de los atracadores», transmitió Vázquez por la radio de alguno de los primeros coches-patrulla que acordonaron la zona. A la espera de la Brigada de Atracos, tanto él como su inmediato superior procedían a una primera inspección ocular del lugar de los hechos y al interrogatorio de posibles testigos, cortó la comunicación el subinspector.

Pero nadie vio nada.

Nadie vio que la puerta del Banco se abrió una tercera vez. Nadie excepto Ricardo. Acababa de cerrar el maletero y se disponía a regresar a su puesto. Igor se estaba introduciendo en ese momento en el vehículo, asiento trasero del copiloto, obstaculizada su visión por el reposa-cabezas, y Malacara y Sol daban la espalda al Banco, caminando hacia el coche, a apenas veinte pasos ya del mismo. Entonces lo vio. Frente a frente. El guardia de seguridad decidió que aquello no debía terminar así. Súbitamente recuperada la consciencia tras el culatazo que Sol le propinó al entrar, y empuñando un arma corta que ésta debió pasar por alto en su apresurado registro, gritó algo incomprensible y disparó. Una vez. Sol y Malacara agacharon la cabeza y corrieron hacia el coche. Ricardo supo que el segundo disparo sería para Sol, pues Malacara ya había conseguido parapetarse tras la puerta del copiloto. Rodando por encima del capó y abriendo fuego, Ricardo abrazó y empujó a un tiempo a Sol y ambos cayeron al suelo, todavía en la línea de tiro del vigilante. Éste, protegido por una pequeña jardinera y una parada de autobús, aún realizó dos o tres disparos más. A su vez, Malacara e Igor respondieron desde el coche con sus automáticas, y Sol también vació su cargador desde el suelo, consiguiendo con semejante demostración de fusilería que el guardia de seguridad volviera a refugiarse en el interior del Banco. Era el momento de huir. Y había que hacerlo ya, ese cabrón estaría activando mil alarmas.

Fue entonces cuando, horrorizada, se dio cuenta. Vio la sangre en su propia ropa, pero era evidente que ella no podía estar herida. No, Gabriel no le haría una cosa así, estaba segura. En una décima de segundo, comprendió. Intentando dominar su desconcierto, ordenó a Malacara que se pusiese al volante. Richie respiraba ya con excesiva dificultad, tuvo un par de convulsiones y la miró desde un lugar incomprensible y lejano. «Este no era el plan», maldijo Sol entre dientes, a pesar de que, hasta ahora, todo estaba saliendo según lo previsto. Milimétricamente según lo previsto. Todo menos la absurda y gratuita muerte de Richie; el muy estúpido, quién le mandaría entrometerse...

Ajeno a esos pensamientos, Ricardo sonrió al ver cumplida una de las certezas que siempre le habían rondado desde que la conoció: que la seguiría queriendo hasta el día en que se muriese, «fíjate bien lo que te digo, corazón, incluso me habré muerto, aquí en esta acera, y seguiré queriéndote», trató de balbucear, pero su voz cadavérica sonó apenas como el bisbiseo musitado de una oración. Buena suerte, Riichie, le respondió ella, yo también me alegro de haberte conocido. Buena suerte, le repitió, dirigiéndose a toda prisa al coche, que Malacara arranca y encabrita velozmente en zigzag. Buena suerte, reina, quiso responderle él, pero un último coágulo de sangre le taponó la vida. Ya le fue imposible escuchar los dos o tres disparos que - tras salir de nuevo del Banco al constatar que los atracadores huían -, el vigilante de seguridad realizó contra el automóvil en un vano intento de impedir Dios sabe qué, o al menos de quedar con la conciencia tranquila por haber realizado su trabajo a plena satisfacción del cliente.

Nadie vio nada de eso, constataron el inspector Benegas y el subinspector Vázquez tras un breve interrogatorio a algunos transeúntes y clientes del banco, éstos aún en estado de shock. Nadie. Nada de nada.

Sin embargo, la inspección ocular sí resultó especialmente fructífera. Los de Atracos pasaron a deberles una. Enseguida sospecharon. Salvo que lo hubiera hecho a propósito, era imposible que un tipo con esa puntería en un momento de peligro extremo - capaz de acertarle a un hombre en movimiento justo en el centro del pecho -, pudiera haber realizado los tres últimos disparos al vehículo que huía, muy por encima de un blanco demasiado fácil. Demasiado fácil y demasiado encima. Tan es así que uno de los proyectiles rompió el ventanal superior de los grandes almacenes que había frente al Banco. Obviamente, tiró a fallar. Como estaba planeado que hiciese. Esos tres disparos y todos los demás, confesó cuando fueron a detenerlos. Así lo habían acordado y así lo haría. Él era un tío legal, en el Banco confiaban en él. Por eso, para que no sospechasen, él saldría cuando todo hubiese acabado y pegaría un par de tiros para despistar, apuntando a los atracadores pero con cuidado de no herir a nadie, incluso había entrenado ese pormenor, y además con una 22, una pequeña pistola que solía llevar en la bota para sentirse más seguro. Sol le había prometido que todo iría bien y él siempre había confiado en ella, dijo sollozando; y así fue hasta que, de repente, aquél loco se abalanzó sobre Sol, la arrojó al suelo y se lió a tiros sin venir a cuento. Creía que todos estaban al tanto, pero cuando vio que aquél tipo disparaba a matar se puso nervioso y...

- ¿Y tú qué tiene que decir? – le espetó con desprecio el inspector Estrada, un madero duro y curtido, con varios años en Atracos a sus espaldas.

La pregunta la instaló de nuevo en la realidad. Desde que abandonaron el coche junto al Guadalquivir y se separaron hasta que las cosas se calmasen, apenas había pronunciado palabra, aturdida por el tropel de acontecimientos. A primera hora de la mañana del día siguiente, los grupos especiales de la Policía reventaron la puerta del apartamento que compartía con Gabriel, guardia de seguridad hasta ahora sin antecedentes conocidos, y los sacaron a empellones de la cama. Desde entonces estaban en comisaría, detenidos hasta su inminente paso a disposición judicial. Quince años no se los quitaba nadie. Se quedó mirando al madero, que le mantuvo el tipo y, con apenas un hilo de voz, le contestó:

- ¿Que qué tengo que decir?: que porqué en esta perra vida es tan difícil que dos y dos sumen cuatro. A ver, ¿por qué? – y rompió a llorar, acordándose del cuerpo ensangrentado de Riichie sobre la acera, quien allí en el depósito, con su corazón roto en tres pedazos por el certero impacto de un calibre 22, quizás esbozase una postrer sonrisa ante el súbito interés de Sol por las matemáticas. ¿Cómo era aquella trampa, Richie? ¡Ah, sí!: la base del triángulo es igual a la suma... Pues eso. ¿Cómo iba a contarle esa parte del plan a él, que el intercambio de disparos sería simulado para encubrir a Gabriel? No. Hay cosas que una mujer no puede decirle a un hombre que nunca la ha olvidado. Su reacción hubiese sido imprevisible. Por eso prefirió confiar en la sangre fría de Ricardo, en su falta de arrojo ante un enfrentamiento directo con fuego de por medio. Ricardo tenía que haber pisado el acelerador y salir huyendo de allí. Sólo eso. Así de simple y así de fácil. Como siempre había hecho a lo largo de su vida. Pero dos y dos difícilmente suman cuatro alguna vez, si acaso en la teoría de los libros y en el mundo del padre Bonifacio. Malditas matemáticas de la vida, que en raras ocasiones ajusta las cuentas como debe. Aunque a veces, muy raras veces - seguía sollozando Sol, desconsolada, cubierto el rostro con ambas manos -, quizás demasiado tarde y de forma irremediable, los tres lados de un triángulo terminen encajando sin que nadie sepa muy bien ni cómo ni por qué.